



MARIA SANTÍSIMA.

IDEA DE JUSTOS.

PARTE SEGUNDA.

AFECTOS DEL ALMA PRETENDIENTE DE
LA VIRTUD, QUE PERTENECE A LA VIA ILUMINATIVA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Desprecio de las vanidades del mundo y estima de los
bienes del cielo, á vista de MARÍA, Señora del mundo.

*Si separaveris pretiosum á vili quasi, os
meum eris. Jerem. 15. §. 19.*

*Heu quam sordet terra, dum Cælum aspi-
cio. S. Ignac. de Loyol.*

§. I.

Si es dichosa y bienaventurada el alma, á quien
tú mostrares la doctrina del cielo; ¡oh Madre mía,
que selló tu gran Hijo con su sangre divina! ¡cuán
dichosa fué la mía, cuando la sacaste de enmedio
de las tinieblas de su vanidad, y de las sombras de
este misero siglo, introduciéndola en el lucido tem-

plo del desengaño. ¡Oh qué claridad tan nueva! ¡Oh qué resplandores, á vista de tu admirable magisterio!

2 Que bien dijo, quien te llamó: Maestra de desengaños y Doctora del mundo: porque al ejemplar de tu doctrina y de tu luz conoció el cristianismo lo que el mundo es y sus engaños. En tu mismo nombre, ¡oh MARIA! hay un sol, con que se ve descubierta la cara del mundo, el rostro del cielo y la mas amable idea de la virtud.

3 Entré en tu templo santo, donde hallé, que tus libros son las lumbres de tus virtudes; y el mejor libro el que escribió la grandeza del dedo de Dios en tus entrañas, ideado ante todos los siglos, para gloria suya y remedio de los hijos de este siglo.

4 Hallé tambien, que las que á mi engañada fantasía parecían luces, eran espesas tinieblas; las que hermosuras, horrores; las que riquezas humo; las que honras, viento y vanidad. Conocí, que las dignidades son precipicios, los deleites y alhagüenos pasatiempos, camino real de la perdicion y la codicia un mar sin fondo, donde padecen los mortales naufragios inevitables.

5 Vinieronme á la memoria los deliciosos, y costosos banquetes, las encantadoras beldades, los saraos peligrosos, las parlerías inútiles, las sabrosas murmuraciones, las envidias mortíferas inseparables compañeras de las caducas felicidades y vi que to-

do esto tenia por madre una hidra de muchas cabezas, que continuamente abortaba monstruos, y me enseñó tu luz para desengaño mio, que todo lo que el mundo aprecia, no solo es vanidad, sino manantial de muchas vanidades: que si tienen algun ser, es aquel con que se fabrica la ruina de los hombres.

6 ¡Oh ceguedad mia! ¡Oh engaño intolerable! Sacóme á luz la benignidad del cielo, adornado de la luz de la razon; y yo, como ageno de ella, la abandoné. Nací para ver el sol de la verdad y yo cerré mis ojos por no verla, llevado de aquellos falsos resplandores que deslumbran, y son verdaderas tinieblas, que ofuscan el corazon. Vi las claras fuentes del agua viva y cristalina de la doctrina del Verbo de Dios Hijo tuyo; y me incliné mas á beber de las aguas del Letheo y de las del rio de Babilonia, para introducir en mi alma el olvido de lo eterno y su cautiverio, sin reparar en ahogar-me en sus arriesgadas y rápidas corrientes.

7 ¡Oh infelicidad mia! ¡Oh dias tenebrosos y mas sombríos que las mismas sombras de la muerte! ¡Oh meses, desgraciadamente gastados en atesorar mis propios males! ¡Oh años lúbricos y engañosos en el que por el vanamente lustroso oropel de las glorias de este siglo, dejé al Rey de la eternidad!

§. II.

8 Cuando vivía lisongeado de mis vanos pensamientos, me acordaba y envidiaba la soberbia del imperio de los Babilonios, la opulencia de los Medos y Persas, la ambición de los Griegos, y la sublime Magestad de los Romanos y no reparaba que el tiempo convirtió en humo y cenizas estos altos colosos de la humana grandeza, y que la Providencia del cielo jugaba con los imperios y fortunas de los Monarcas, haciendo naciesen unos de las ruinas de los otros, hasta dividirlos en varias piezas, para que su poder fuera tanto mas voluble é inconstante en su duracion cuanto menos unido.

9 Echizábanme de este gran orbe las transitorias riquezas, los inagotables tesoros, las adoradas bellezas, los reñidos pundonores, los apetecidos aplausos, la ostentosa caballería, la desvanecida nobleza, las marciales hazañas, las pompas triunfales, la inmortalidad del nombre, y no advertia que todo este aparato de nuestra fantasía pasaba velozmente con el tiempo sin fruto; que estas mundanas dichas rodaban sobre una rueda, (que lo es del infortunio) donde los que ocupaban el auge de su mayor ecsaltacion, rodaban facilmente al lugar de su abatimiento y los mas incautos compraban una eterna desventura con los gustos que al fin de la vida parecieron de un momento.

10 ¡Oh Madre amabilísima! ¡oh teatro de las mas sólidas grandezas; en cuyo rostro bello todo divino puso el Supremo artífice la mas viva y brillante imágen de lo hermoso, de lo rico, de lo afortunado y un espejo cristallino en que se mira todo lo que dignamente puede apetecer, fuera de Dios, la naturaleza racional, para eternizarse feliz.

11 Miro en tí, Señora, un mundo de prerrogativas excelentes, que obliga á un noble desprecio de este mundo. Miro el reyno de la virtud fundado sobre los pojos de la eternidad. Miro una santidad tan eminente, tan abundante tan grande, que merece tener en sí el retrato del mismo Dios. Miro, que viviste en el mundo, sin tener parte del mundo, triunfante de los engaños del tiempo y adornada de las mejores luces de la verdad. Miro, que pisaste constante sus mudables y aparentes bienes, sentada en trono de diamante de la mas heroica santidad. Miro, que compendiaste, en línea de pura criatura, lo mas amable de la gracia, lo mas airoso y galan de la naturaleza.

¡Oh gran mujer! ¡Oh cielo animado! Que bien dijo el que pronunció: que aunque no hubiera otro cielo que el de tu misma belleza, ni otro premio de las virtudes, que el mirar tu rostro, se debieran sufrir con gozo por adquirirlas y conseguir este bien, ¡cuantas penalidades y espinas en sí abraza este desierto! ¡Oh cielo hermosísimo, en quien Dios tiene

sus mejores delicias! Y si el mismo cielo material es despues de Dios, (cuya vista causa la bienaventuranza esencial) un abismo de acendradas felicidades: ¿qué serás tú, Señora, siendo el cielo del mismo cielo?

§. III.

13 ¡Oh patria de los vivientes! ¡Oh Reino de las almas bienaventuradas! ¡Oh morada brillante de los espíritus escogidos que habitan en llamas de fuego Seráfico! ¡Oh y qué olvidado te tiene la tierra! Cielo bello, ciudad noble, Paraiso de delcites, centro de eternas suavidades, mar de interminables júbilos! ¡Qué lejos vives de la memoria de los hombres!

14 ¡Oh mundo loco! ¿cómo engañaste mis sentidos, para que no sintieran aquellos gozos inefables, que dispuso la liberalidad del Todopoderoso para los que le temen y aman? ¿Cómo cegaste mi vista con el humo de una oscura vanidad, que no me dejó ver, lo que mis ojos perdian en aquellos claros espectáculos de la Sion celestial, en sus palacios de subidísimo oro y en el adorno de su preciosa pedrería: donde los rubíes, los diamantes, los carbuncos, las margaritas y los topacios, son piedras falsas en su comparacion?

15 ¡Oh mundo infame! ¿cómo me hiciste trocar, por la frialdad de unas negras sombras de hérmoo-

sura, aquel bello imán de la vista bienaventurada, la humanidad de Cristo y el bizarrísimo talle de MARIA? O oídos míos, ¿cómo os dejasteis hechizar del canto de las sirenas mortíferas abandonando la música del cielo y la melodía de los nueve coros de los Angeles? ¿Quién te hizo, alma mía, prevaricar, renunciando el oceano de las delicias de Dios á sus caudalosos rios de leche y miel, por una gota de almívar, mezclada con un diluvio de amarguras?

16 ¡Oh insensibilidad mía! Convidábame el Padre de las misericordias con la púrpura, con la corona, con la opulencia eterna, con los gozos incorruptibles, con la compañía de los ángeles, con su inestimable filiacion, y lo que es mas, con su vista; y yo loco y descreído, sin prevenir los riesgos de mi infelicidad, deseché la importancia de esta dichosísima suerte, por dejarme vencer del juego y nécios devancos de frágiles criaturas. Entregué mi corazón á mi cruel enemigo, cuando Dios lo queria para trono suyo, y asunto de su real magnificencia.

17 ¡Oh Madre de misericordias y maestra de desengaños! ¿ante quién lloraré de mejor gana mis engaños, sino ante ti, que para desengañarme, has ostentado en mí las riquezas de tu inenarrable clemencia? ¿Ante quién gemiré de lo íntimo de mi pecho por mis pasadas tinieblas, sino ante quien me

dió la luz para desterrarlas, y conocer la verdad? ¡Oh Madre Santa, Madre inmaculada, Madre incorrupta, Madre de indulgencia y de perdon!

48 Abre, Señora, el seno de tu piedad y recibe á este hijo muerto en sus delitos. No permitas vuelva yo á beber incauto del venenoso vaso de la meretriz de Babilonia, ni gustar las aguas pestilentes del rio del olvido de Dios. Muera en mí el mundo y sus deleites. Muera el vano apetito de las honras. Muera la soberbia y avaricia, dos pozos del abismo. Mueran los monstruos de todos los vicios, con caras de sirenas llevan la ponzoña en los extremos, para ruina de los mortales. ¡Oh Refugio mio! ¡oh lumbre de mis ojos! ¡oh MARIA, MARIA, MARIA, Madre de pecadores arrepentidos, borra mis yerros y reconcíliame con Dios, cuya hermosa faz merezca yo ver por tu intercesion, para eterna alabanza suya.

Ricardus de Sancto Laur.

Lib. 2. Par. 2.

Maria, cum sit quasi os Domini (Jerom. 15.) pretiosum separat á vili, animam scilicet á dilectione mundi.

WSS

CAPÍTULO II

El alma en el abismo de su propio conocimiento, se Po-
ne á la sombra de MARIA.

Infixus sum in limo profundis: & non est substantia. Psalm. 68. v. 3.

Sub umbrae illius, quam desideraveram, sedi. Cant. 4. v. 45.

§. I.

1 **A**L abismo de misericordias MARIA, suspira mi alma del abismo de sus miserias. Llama un abismo á otro abismo. El abismo de la maldad al abismo de la piedad. El abismo de la desdicha al abismo de la dicha. ¡Oh Madre admirable! ¿dónde hallarian remedio mis inmensos males, si en tí no hubiera atesorado para mí el cielo inmensos bienes?

2 Ante tí me pongo á mirar en el profundo de mi consideracion mi ruin ser, mi vileza, mi frágil condicion. ¡Oh si diera yo con la humildad cristiana, fundamento de la perfeccion Evangélica, teniendo en mí tanto fundamento para abrazarla y en tí tan llena de sublimes dotes, tanto ejemplar para seguirla.

3 A tí, Señora, levanto mis ojos y mis manos,

sumergido en mi misma indignidad, tanto mayor, cuanto mas profundada con el peso de mis delitos hasta lo último del mismo abismo: para que me mireis compadecida y me des tu mano, que de mucho necesita; quien solo tiene la nada por ser y el pecado por descendencia.

4 Veo, Señora, que estamos como en dos polos tan opuestos, como el Cenit y el Nadir. Vos en la mayor altura, que puede tener una pura criatura; yo en la mayor bajeza, que imaginarse puede. Vos llena de gracia; yo lleno de culpas. Vos la misma pureza; yo la misma inmundicia. Vos espejo de virtudes; yo hervidero de vicios. Vos Hija del Padre Celestial; yo esclavo del demonio.

5 ¡Oh contrariedad estupenda! Vos triunfadora de las siete cabezas de la Hidra, yo avasallado de sus fieras tiranías. Vos humilde, yo soberbio; vos mansa, yo iracundo; vos liberal, yo avariento; vos armiño bello, yo animal imundo; vos caritativa, yo envidioso; vos la misma templanza, yo la misma glotoneria; vos diligente en buscar y cumplir los divinos querer, yo perezoso y tardo en atender á sus sagrados intereses. Vos con una naturaleza elevada sobre los coros de los ángeles, yo con un ser metido mas abajo de los profundos de la nada. Y con todo eso, vos Señora, colocasteis la humildad en el auge de vuestra mayor gloria; y yo amo y

estimo la altivez como herencia de los hijos de Lucifer.

6 Este soy, Madre mia, y peor de lo que puede explicar mi torpe lengua. Tú, Señora, sabes bien mis miserias y conoces mi grande desdicha y mucha fragilidad. Y si me pongo á escaminar las cualidades de mi corazon, ¿quién podrá contar su variedad, sus mudanzas y sus malas inclinaciones? ¡Oh qué mar tan agitado de todos los vientos! ¡Oh qué débil vagelillo, entregado al orgullo y furia de las ondas! La soberbia le levanta, la ira le desasocia, la envidia le irrita, la concupiscencia le enciende, el temor le oprime, el susto le sobresalta, el gozo le desahoga; el rencor le consume, la honra le devanece, la pereza le acobarda y el deseo de tener y valer le hace rodar continuamente como sobre una rueda de navajas.

7 Y para entrar en el ameno y apacible campo de la virtud: ¿qué montes de imposibles no se le proponen en el vencimiento de los vicios sus contrarios? ¿Qué dificultades en avasallar las pasiones, y rendirlas á la razon? Y siendo tantas mis miserias y calamidades, no acabo de conocer mi vileza y cobardia y que son solos imposibles soñados, los que dificultan el triunfar de los mas valientes vicios y coronarse de las virtudes mas excelentes. Mas tú, Remedidora mia, á quien son bien patentes mis males, no dejes ni ceses de remediarlos

ton aquella medicina eficaz, que envió al mundo el Padre Soberano para bien de los mortales.

§. II.

8 Y si me pongo á individuar el principio de mis males; ¿cómo podrás, Señora mia, sufrir la agigantada é intolerable hediondez de mi soberbia! Mi origen es el peor, que puede imaginarse: porque es el mismo no ser; y no quedó en esto mi vileza, sino que pasó adelante, para mi mayor oprobio. El no ser fué la fuente de donde nací: de allí me sacó misericordiosamente la Omnipotencia del Altísimo. El no ser es carencia de ser. ¡Qué buen principio para mis hinchados pensamientos y desvanecidas altanerías contra mi mismo Hacedor!

9 Si en esta carencia de ser quedara solamente mi principio, pudiera aun mi presuncion arrogarse algun lustre á su nacimiento, si bien vano é imaginario. Mas, ¡oh desgracia! á tamaño vanidad se le juntó como comprincipio el pecado. ¿Qué eslabones mas miserables? ¿Qué cadena mas infeliz! Nada y pecado, son las basas, en que estrivan mi fantástica arrogancia y mi insufrible altivez.

10 ¡Oh cielos! ¡Oh paciencia divina! La nada dista infinitamente del ser. El pecado es un ser tan detestable, que la nada es mejor que él. Porque mejor es no ser, que ser pecador. Y siendo

mis padres el pecado y la nada: y siendo estos los abismos de donde me sacó la mano piadosa de Dios, veo que de estos abismos de mi villísima condicion salen aun espesos vapores que suben á enegrecer al mismo sol. ¡Oh verdad y cuanto te has ausentado de mi vista! ¡Oh verdad, que habitas entre nieblas de gloria! La gloria es tuya mas las nieblas mías. ¡Oh verdad, cuando nacerás resplandeciente sobre el seno de mi pecho, para salir del cautiverio de mis tinieblas!

11 ¡Ay de mi pecador, oprimido y apesgado con el peso de mis delitos! Ay de mi linage inobilísimo hijo del caos, oriundo del mayor monstruo que dejé á mi Dios y no reconocí la mano venerable de tan insigne bienhechor! Desde la planta del pié hasta la cabeza todo soy miseria y desdicha. Mi alma toda está hecha un abismo de abominacion. Mirame, Señora, con ojos de clemencia. Atiende bien á este espectáculo horrible solo rico de infortunios y opulento de fealdades. Mira á esta alma manchada con tantas ingratitudes y este cuerpo afeado con tantas inmundicias.

12 ¡Oh Madre Santísima! ¡oh consoladora mia! ¿cómo puedo gloriarme de este cuerpo sucio y de este saco de impurezas? Y no obstante veo amon-tonarse y bullir en mí un enjambre de acciones arrogantes y pensamientos de soberbia. Si atiendo á su produccion, veo que lo formó el sapientísimo

Artífice, no de algun globo celeste, ni otra materia transparente ó cristalina, no del supremo de los elementos, no del aire sereno, no del agua diáfana, sino del mas humilde y abatido elemento, del polvo de la tierra, del cieno, del lodo. Polvo soy, por destino de lo alto y en polvo me he de convertir. Pues, ¿qué vió este polvo en sí para levantarse sobre sí mismo, sobre el agua, sobre el aire, sobre el fuego, sobre el Empireo y contra su mismo Criador?

13 ¡Oh Reina y Señora mia, espejo mio, sol mio! Miro á tu luz, en cuanto me esceden las inanimadas criaturas. Miro la nobleza de sus productos y sus bellas cualidades. En el sol, sus rayos, su claridad, sus tesoros, que engendra en las entrañas de la tierra. En el aire, las parleras aves con variedad de hermosas plumas, con suavísimas voces, con vuelos velosísimos, con músicas acordes. En el agua tanta diversidad de peces sabrosos al gusto, tanto ámbar precioso, tanto rojo coral, criado en sus hondas concavidades. En la tierra, los árboles, las plantas, los animales de muchas especies, las flores bizarras y odoríferas, las frutas de suaves y esquisitos sabores; las carnes delicadas; y la preciosa pedrería tan estimada de los hijos de este siglo. Todo este es el feudo y tributo que paga la insensible naturaleza, y estos los frutos que produce y da por reconocimiento al hombre como su-

perior suyo. Pero el hombre, ¿qué frutos produce, sino la inmundicia, el cuerpo la hediondez, el alma la disolucion? Con que todo mi ser lo he reducido á un puro muladar. Y así confieso sin poderlo negar con el Santo Job, que mi padre es la padre y mi madre y hermana los gusanos.

§. III.

14 ¡Oh tú la mas hermosa de las mugeres! ¡oh tú la mas bizarra de las hijas de Adán! ¡oh tú la mas ataviada de todas las criaturas! lirio cándido en el valle de las espinas, rosa oclorífera del jardín de la divina Trinidad; Luna gloriosa sin menguantes, triunfadora de las nocturnas sombras; tú, cuya virginal carne, ni vió la corrupcion, ni fué trágico despojo de la muerte; tú, cuya ánima ni sintió mordeduras de la serpiente, ni del pecado resabios. mira, Señora, mi oprobio y laceria; y dadme la santa humildad, que tanto en tí resplandeció y por cuya causa te puso el excelso Señor en el solio de la mayor grandeza, haciéndote Madre suya.

15 Vivi hasta aquí engañado, juzgando contra el sentir del apóstol, que era algo siendo nada. Alucinóme mi propia locura, no creyendo que si algo tenía en mí no era mio, sino recibido. e aquel que sin méritos míos me sacó á la luz del ser de las tinieblas de la nada. ¡Oh Madre digna de todo amor! ¡oh templo de Dios vivo! ¡oh trono del Ver-

bo eterno, ¡oh Virgen esenta del comun contagio! mirad, Señora, la corrupcion de toda la humana naturaleza, mirad nuestras desdichas, nuestra locura, nuestra ceguedad y dadnos ojos para conocer nuestras miserias, la suma dependencia que tenemos de Dios y la obligacion con que nacimos de servirle.

16 Pecamos con nuestros padres, obramos injustamente, anduvimos por el camino ancho de la iniquidad. ¡Oh quién conociera bien este yerro! ¡Oh y cómo no estrañaremos los azotes, que Dios nos envía y las lágrimas de que abunda nuestro valle! Vienen guerras, vienen pestes, vienen enfermedades, vienen incendios, vienen muertes desastradas, vienen hambres, vienen terremotos, pérdidas de hacienda, calumnias y otros infortunios, y nosotros siempre en nuestro yerro. ¡Oh miseria! ¡Y qué mayor yerro y qué mayor miseria, que anteponer lo temporal á lo eterno!

17 ¡Oh cruel ambicion, que me llevabas á una muerte ignominiosa! ¡Oh sucios deleites, aspides de los corazones humanos, que por no apagar yo este fuego, me llevabais á incendios sempiternos! ¡O desdichada abundancia de bienes temporales, que me fabricabais las cadenas y prisiones con que habia de estar aherrojado en el calabozo del infierno! ¡Es posible que por regalar yo la corrupcion de este vil cuerpo, quisiese condenar mi alma á eterna hambre, á sed insufrible, y á irremediables lamentos!

¡Oh locura mia! ¡Oh engaño loco! ¡Oh bruta insensibilidad.

18 ¡Oh Virgen de las Virgenes, pues á tus clarísimos ojos no se esconde mi imponderable necesidad y nuestras inmensas miserias; y pues ni te falta piedad para compadecerte, ni poder para libraros de nuestros males, ni con el discurso del tiempo se han estancado las corrientes de tus antiguas misericordias, convierte á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y pon término á nuestros males. Pon remedio eficaz á nuestras culpas, que nos acarrean tantas desdichas. Alúmbranos continuamente para que cozcamos lo que es Dios, y lo que somos sus pobres criaturas. Socorre á los que padecen, consueta á los tristes, despierta con voz grande á los que duermen en el sueño de la culpa; ruega por los pecadores, y dales tu mano benignísima; instruye en la doctrina de la verdad á los ignorantes: muestra el camino de la salvacion á los que yerran, fortalece con la divina gracia á los que pelean por el reino de los cielos, para que con tan seguro favor merezcamos algun dia el premio de la victoria de los que legitimamente pelean.

S. Andreas Cretensis.
in orat. Deiparæ.

¡O collem umbrosam non Iudeorum ingratorum populum, sed electam Dei plebem, gentem sanctam tuis maternis ulnis inumbrantem!

CAPÍTULO III.

Se queja el alma de su sequedad y tinieblas á la Madre de la luz.

Dixitque Deus: Fiat lux, & facta est lux.
Gen. 1. v. 2.

Illumina tenebras meas. Psalm. 17. v. 29.

§: I.

1 **A**y de mí, ay de mí! ¡Oh desdicha grande! ¿Qué he hecho contra tí, ¡oh Madre clementísima! para que te ausentes y me dejes? ¡Ay, que se han retirado de mi corazon las lumbreras de tus bellos ojos! ¡Ay, que he quedado en tinieblas, cercado de horrores y funestos pensamientos! ¡Ay, que no veo la luz, que me consolaba en mis penas! ¡Ay, que se ha puesto mi Sol y mi Lucero! ¡Ay, que si miro tu hermoso cielo, no veo en él, sino nublados y ceños! ¿Qué es esto, Señora mia? ¿Qué es esto Reina mia? ¿Por qué te apartas de mí y me dejas oscuras, seco, desconsolado, como tierra sin agua, como aire sin luz?

2 ¡Oh Madre piadosísima! ¿por qué me niegas los benignos influjos de tu luz? ¿Por qué reprimes el rocío de tu bella Aurora? ¿Cómo viviré en este triste y miserable desierto, si me falta tu consolacion,

si se me estancan las corrientes de tu inefable suavidad? Seré como los montes de Gelboe estériles é infecundos, sin rocío ni lluvia de lo alto. Será mi alma como una fiera en un bosque espeso, ó en una selva inculta y sombría, que no goza los liberales resplandores del día mas lucido.

3 ¿Qué día hay para mí sin tí, Señora mia, luz mia, lumbrere de mis ojos? ¿Qué día hay para mí, si no veo nacer sobre mi cabeza los dorados rayos de tu Sol? Todo es noche para mí; y no veo delante de mis ojos ni reinar en mi triste fantasia, sino sombras y confusiones. ¡Oh suerte mia infeliz! ¿Qué delito cometi? ¿Cómo sufre mi desconsuelo tu amoroso pecho? ¿Cómo sufre mi soledad tu amante corazon? ¿Por qué no alumbras mis tinieblas? ¿Por qué no enciepes mi yelo? Y si hieren tu corazon tus hijos con sus amorosas flechas, ¿dónde están las mias? ¿Dónde los tiernos suspiros que llegan á tu trono envueltos en seráficos ardores?

4 ¡Oh Virgen suavísima, dulcísima, amorosísima, quisiera mi alma rendirse toda entera á tu hermoso y melifluo amor. Quisiera, como mariposa, sacrificarse á tus ardientes y dulces llamas. Quisiera renacer nuevo Fenix á una vida divina del fragante aromático incendio de tu amor Mariano. ¡Ay miserable de mí! ¡cuán grande es mi desdicha! ¡Cuán insufrible mi desventura! ¡Cuán estremada mi pobreza! Tu nombre Señora, es mas dulce que la

miel, mas suave que el bálsamo; pensar en tí es una gloria; hablar de tí un paraíso; y con todo eso pasan estas cosas por mi espíritu, como la nube sin agua sobre un campo árido y seco; y como el fusil de la exhalacion entre el nublado de una noche oscura.

5 Por lo cual sufra tu inefable dignacion, que derrame mi alma en tu amable presencia mis amorosas quejas, mis profundos suspiros, que quizá hallará remedio y consuelo mi miseria, clamando ante el propiciatorio de tu gran misericordia. Traslada pues, Virgen pura, del solio de tu gloria y Magestad á mí tu siervo indigno, el torrente de tu dulzura y suavidad. Ruégote, que riegues la sequedad de mi alma con copiosas lágrimas, nacidas de tu amor y del dolor de mis graves delitos. Llore yo estos, delante de tus ojos, para que se asegure mas el quedar yo limpio de sus abominables manchas. Llore yo tambien en tu presencia tu misma ausencia, que ha ocasionado la baja de mi amor. O suba esta de punto en el crisol de tu corazon, donde se refinan y divinizan los castos amores.

§. II.

6 ¡Oh MARIA cuán grande es la suavidad de tu conversacion, que derramas sobre los que miras como tus queridos hijos! ¡Con cuánta abundancia de consuelo los recreas, los bañas, los inundas! ¡Si

á mí me miraras, siquiera como uno de los jornaleros de tu dichosa casa! ¡Oh sabia Abigail, cuyo renombre es tesoro de las maravillas de Dios! Sea una de estas maravillas mi conversion á tí y la de mi yelo en el fuego de tu tierno y dulce amor. ¿Por qué no avivas con tus amorosas llamas este pecho frio para que arroje á tí voces como saetas encendidas?

7 Por ventura, ¿no mereces tú, que yo te busque y ame con este ardimiento, siendo como soy deudor á mil finezas tuyas? ¿Cuántas veces merecí la indignacion de tu Hijo, y me sacaste de las llamas de su justo enojo? ¿Cuántas veces rogaste por mí para que no me tragase el infernal dragon? ¿Cuántas veces rompiste las cadenas, con que el mundo y mi carne me tenian en prisiones? Y siendo tantas mis deudas á tu soberana beneficencia, veo, que el oro de mi amor y correspondencia es tan bajo, que si tú no metes tu mano, aplicándolo á la fragua del divino Espíritu, quedará siempre lleno de escoria; y yo con un profundo é imponderable desconsuelo.

8 Crece mas mi sentimiento, por otra superior razon, que es la de tu amor á los hombres, la de tu amor á este tu vil esclavo. ¿Cómo Señora, es sufrible el no amarte con un amor todo de fuego cuando veo y esperimento, que me amas con una maravillosa y estupenda caridad? Cónstame de tu

amor; y ¿será tolerable vivir yo hecho una nieve á tu memoria? Y si tu pecho para con los hombres es un volcan de encendidísimos amores, ¿cómo hay paciencia para tolerar nuestra imaginable frialdad? ¡Oh Virgen mia! ameos yo con un amor inextinguible. Bienhechora mia, ameos yo con un amor perpetuo é irrevocable. Abogada mia, hazme digno de tu amor y de tu amabilísima comunicacion.

9 Dirás, Señora y Madre mia, que mis tinieblas las causan mis desordenadas aficiones, que ponen entre tí y mi alma el velo de las culpas para que no se le comuniquen las luces de tus especiales y maternales misericordias.

10 ¡Ay Reina y Señora mia! ¡ay Refugio mio! ¿cómo negaré la causa de mis males, cuando confieso en tu presencia innumerables miserias? Confieso, que mi amor propio es el primer móvil de mis desalientos en tu amor. Confieso, que este peine negro entre mi espíritu y tu brillante sol, con que se impiden sus influjos. Confieso, que las vanas raterías de la tierra y sus menguados gustos me hacen tan pesado, que me quitan las alas y el aliento para volar á tí. Confieso que este miserable cuerpo, tan amado de mí, apesga mi espíritu y lo tiene hundido en el profundo de un poco de nieve, de tal suerte, que ni le deja respirar, ni suspirar por tí.

11 Confiésole, no lo niego y de aquí nace mi ma-

yor clamor á tí; de aquí nace mi pena, de aquí mi desconuelo, de aquí mi temor, que me hace levantar el grito á tí con voz vehemente y con gemidos tristes. Veo, Señora, la pesadez de mi espíritu, mis prisiones, mis tinieblas y me veo imposibilitado á arrojar de mí y romper estas cadenas, por mi gran ruindad y por mi infeliz condicion.

12 Por eso clamo á tí, para que del todo me remedies: y de lo mas profundo de mi corazon, con el ánimo, del todo á tí rendido, suspiro delante del trono de tu clemencia por mi deseada libertad. Alumbra, pues, mis tinieblas, ¡oh Madre de la luz! ¡oh luz de los cielos! antorcha del paraíso, esplendor de los ángeles, lucero de la mañana, farol luminoso que alumbras los caminos de los que andan oscuros y en las sombras de la muerte. Ea, pues, gozo de mi alma, consuelo de mis potencias, guia de mis sentidos, enviame del lugar de tu grandeza un pequeño rayo tuyo, que á un mismo tiempo abraze mi corazon, rompa mis cadenas y ahuyente de mi alma estas tinieblas, que me tienen duramente aprisionado.

§. III.

13 ¡Oh tinieblas tristes, que me teneis en tan dura servidumbre! ¡Oh vicios míos, carga infeliz, desdichado cautiverio, que me privais de mi amada libertad! ¡Oh grillos funestos, que no me dejais an-

dar por el delicioso y suave camino de la virtud! ¡Oh MARIA querida mia! ¿por qué no me libras de mis males? Por qué no pones fin á mis pecados? Atiende á mi gran trabajo y haz que el Espíritu divino fortalezca el mio, para que no se deje arrebatar de sus antiguas necedades. Concédeme la gracia y don de lágrimas, con que se laven las manchas de mis culpas, con que cada dia ofendo á tu preciosísimo Hijo, por mi gran flaqueza.

14 ¿Qué perderás de tu derecho y de tu adorable grandeza, si así lo haces, benditísima y amabilísima Madre? ¿Qué detrimento padecerá el inmenso piélagó de tu gloria, si te inclinas á mirarme con la benignidad que te suplico? ¿Qué te faltará, si me respondes: *Hogase segun deseas?* Claro está, que ni tu gloria padecerá mengua, ni disminucion tu inseparable grandeza: antes crecerá tu gloria accidental y los ángeles te cantarán la gala, porque dejaste correr hácia mi el torrente de tu inefable y acostumbrada piedad.

15 Convierte, pues, Señora, tu mano hácia mi, y purifica en el crisol de tu amoroso fuego este deslustrado oro de mi devocion, quitándole la escoria. No desprecies mi oracion, ni permitas se fustre mi esperanza en tí. ¿Quién llegó á tu presencia confiado que no saliese remediado? Dame lo que te pido: pues deseas mi salud y diste el ser á aquel Señor, que nos quiere tan perfectos como lo es nuestro Padre celestial.

Arrojad una sola palabra ante el solio de este tu gran Hijo y está hecho todo.

16 ¿Qué respondes, Reina y Señora mia? ¿Qué respondes, esperanza mia? Parece, que oigo en lo mas escondido de mi alma, salir de tus melifluos labios estas palabras: *Fili fiat sicut vis*, Hijo, hágase como lo quieres. ¡Oh voz mas dulce que la miel! ¡Oh voz mas sabrosa que el Maná! ¡Oh voz llena de gozos de gloria! ¡Oh voz, en que se afianza mi esperanza y mi dicha! ¿Cómo dejarás de ser verdadera Madre mia, si de tu mano me formas verdadero hijo tuyo? ¡Oh inestimable bondad de MARÍA!

17 Aláberte los cielos, la tierra, los abismos, y todas las criaturas. Aláberte yo sin fin y ofrezca á tu Altar continuamente sacrificio de alabanzas. ¡Ay del que calla y no abre su boca para alabarte! ¡oh MARIA! ¡Ay de los que no te pagan cada dia este debido feudo con elocuentes labios! ¡Ay de los mudos en tus loores; cuando los mármoles dan voces pregando tus excelencias.

18 ¡Oh si ya mi corazon se derritiera en tu presencia con un ardor seráfico, como la cera en presencia del fuego! ¡Oh si en lugar de voces salieran llamas de mi boca, hijas de un volcan amoroso de mi pecho! ¡Oh si mis alabanzas á tí, sobre eternas fueran todas animadas de aquel fuego divino, que envió tu Hijo JESUS sobre la tierra.

19 Sea así, ¡oh Virgen beatísima, fecundísima,

carísima, fidelísima, amabilísima, prudentísima, singularísima, potentísima, justísima, humildísima, hermosísima, liberalísima, esplendísima, candidísima y de toda piedad y grandeza abundantísima. ¡Oh quiera tu inefable dignacion, que yo te cante eternamente aquel trisagio, que cantan los Serafines en el cielo, diciendo: *Santa, Santa, Santa Maria, trono del Altísimo, Madre y Virgen; llenos están los cielos y la tierra de la Magestad y gloria del fruto de tu ventre.*

20 ¡Oh quiera tu bondad, que en la tierra imite yo esta dulce armonía del cielo. Desde luego me dedico con todas las fuerzas de mi corazon y potencias de mi alma á este dulcísimo ejercicio. ¡Oh con cuánta devocion deseo engrandecer tu santo nombre y gozarme con tu suavísima memoria. ¡Oh MARIA, MARIA, consuelo mío, esperanza mía, bienaventuranza mía y mil veces Madre mía. Tú que haces élocuentes las lenguas de los niños, instruye mi lengua é infunde en mis lábios la gracia de tu bendiccion para que mientras vivo en este destierro, no cese mi alma de elogiarte con aquella perfeccion, con que se hace en la patria celestial.

S. Albertus Magnus in cap. 1. Luc.

Maria interpretatur Humilitatis: si ergo circumdatus es tenebris, & ascondita est tibi via tua (Job. 3.) respice Humilitatem, nomina Mariam.

CAPÍTULO IV.

Pide el alma todas las virtudes á MARIA, como á ejemplar de todas ellas.

Inspice, & fac secundum exemplar. Exod. 18. v. 44.

Hec pioram perfectum exemplum. S. Gregor. Thaum. Ser. 2. de Annunc.

§. I.

1 **O**h Santísima Madre de Dios, que hallaste la gracia en la fuente de la Divinidad y creciste ser su Santuario! pues te dió el cielo al cristianismo por norma y ejemplar de aquellas virtudes, que adornan y hermosean su estado, y te las mereció en grado heroico el Verbo, que se dignó de encarnar en tus entrañas, concéleme, Señora, por este tu gran Hijo, aquellos dotes y atavios hermosos, con que las almas se hacen dignas de Dios y le atraen á sí con una fuerza dulce y misteriosa.

2 ¡Oh tú la mas privilegiada de las mugeres, en quien puso la eterna Sabiduria una universidad de perfecciones primorosas, en cuya escuela aprenden los querubines y serafines y los demas Santos copiaron una eminente santidad; comunicame, Señora, por tu inefable bondad la gloria de merecer tu imitacion y

seguir tus huellas, que llevan al templo de la inmortalidad.

3 Dádme una humildad profunda, cual fué aquella que te mereció de Dios los cariños y la dignidad de Madre suya; una humildad con que conozca la vileza de mi ser: en mi nada y todo en Dios; una humildad que sea el principio del edificio de las virtudes cristianas, sin la cual el hombre es puro humo de vanidad. Séllese en mi corazón este santo reconocimiento, de suerte, que solo estime lo que merece estimación, que es lo eterno; y del mundo solo tome mi desprecio y abatimiento, para engrandecer á Dios con mi propia aniquilación.

4 Dádme Madre y Señora mía, una fé luciente, viva y con ojos, que penetren con una perpetua creencia las verdades católicas, y me hagan obrar en medio de las sombras de sus misterios, como á vista de la claridad del sol. Segun la luz de este divino farol, no permita tu bondad se estravie, ni aun en dudas, mi entendimiento; y siendo necesario, muera yo por la fé, que debo á la Iglesia y á mi carácter.

5 Vivo, Señora, en este mundo, como en region de tinieblas. ¿Quién puede penetrar los secretos del Altísimo? ¿Quién escudriñar los misterios, que colocó sobre la esfera de los mortales? ¿Quién creer lo que los ojos no ven, si del cielo no viene este rayo soberano? Concededme, Reina poderosa, esta hermosa luz, para que ande seguro y sin tropiezo en me-

dio de tantas sombras. Viva mi alma á vista de esta luz, para que eternamente viva.

6 O Madre de la santa esperanza, sin la cual no hay en este mundo consuelo. ¿A quién recurriré en mi tribulación, cuando me veo anegado en mis propios delitos é indigno del cielo? ¿Qué haré, viendo airado contra mi al Omnipotente, á quien hizo guerra mi loca presuncion? ¿Cómo conseguiré los bienes de la gloria, que pospuse á la vanísima vanidad de los bienes caducos? Aquí desfallece mi espíritu y falta el ánimo de esperar. Por eso acudo á ti, Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Fortaleced con este santo don de la esperanza mi pusilanimidad, sin la cual los trabajos de esta miserable vida son un pequeño infierno.

7 Benigno y dulce es Dios, y sus misericordias sobre las cumbres de los montes. Los méritos de tu preciosísimo Hijo me afianzan, y tu poderosa intercesion puede animar mis desalientos. ¿Pues cómo desconfiaré yo de alcanzar el perdón de mis culpas y de lograr algun día la vista de mi Dios? No lo permitais, Señora mía, Madre mía, áncora mía. ¡O patria celestial! ¡O morada de las almas bienaventuradas! ¡O deleites puros y eternos! Por vosotros suspiro día y noche en este destierro y valle de amarguras. O MARIA, refugio mio, viva en mí esta esperanza fundada en la piedad de mi Dios y en los méritos de su Hijo y tuyo Jesus.

§. II.

8 ¿Mas qué sirven la fé y esperanza, si está ausente de la alma la caridad? Esta tiene dos álas con que vuela hasta la cumbre del cielo Empireo, y se llaman amor de Dios y amor del próximo: sin estas álas no se puede subir á la posesion de lo eterno. O Virgen de caridad encendidísima, mi alma á tus piés postrada desca, con ánsias grandes, ser vestida por tu mano de estas álas, para volar á Dios, y llevarle muchas almas que eternamente le amen. Deseo este divino fuego, que sea alma de todas mis acciones y las anime y cleve á efectos de suma heroicidad. ¡O quien siguiera el rumbo de aquellas ardientes inteligencias, que con vuelos seráficos llevan la gloria de Dios en triunfo por todo el orbe de la tierra! ¡O cuanto debo á este gran Rey de todos los siglos y á su amor eterno! ¡O lo que me obligan su infinita hermosura y sus interminables beneficios! ¿Qué hago, si no le amo con los corazones de todos, y lo que le amen todos con un corazon?

9 ¿Cómo no amo al que me amó ante todos los siglos? ¡O deuda infinita! ¡O humana ingratitude! ¡O amor divino, que bello eres, que agraciado, que galan, que dulce á los que se enamoran de tí! ¡O fuego divino amor sustancial de un Dios amante, que derramaste sobre la haz de la tierra las riquezas de tu bondad y benevolencia, como no te conoce el

mundo ciego? ¡O quien le diera ojos para ver tu hermosura! O Madre de un Dios hombre, hechizo de los hombres, viva yo en su presencia como una hacha encendida, derritase ya el hielo de mi pecho, suban las llamas de mi corazon hasta su trono.

10 Bien se hermana con el amor de Dios su santo temor filial. Este guarda las virtudes, ahuyenta los pecados, engendra la confianza, mata la presuncion y conserva la caridad. Este santo temor busco que es gloria, alegría y corona de gozo; este, que alarga los dias de la vida y le da un fin dichoso, y una dicha sin fin; este, que dá la plenitud de la sabiduria y llena el alma de sus tesoros. ¡O virtud admirable! ¡O joya inestimable! ¡O adorno de la santidad! O don celestial, que dimanas del Espíritu santificador, ¿quién no te busca, quién no te desea ansioso y desalado?

11 O Madre del santo temor, alcanzadme de tu Hijo este gran don. Dame este escudo de fortaleza, esta áncora de salud, este castillo bien guarnecido para defenderme de mis enemigos. Ruégote humildemente y te suplico con toda la reverencia posible, por la infinita Magestad de Dios y por la inmensa grandeza de Jesus, que me concedas esta estola de la inmortalidad, prenda de la bienaventuranza. O misericordiosísima Señora, imprime en medio de mi corazon este temor santo de Dios, para que en él per-

severe hasta el fin de mi vida temporal y á ella suceda la eterna.

12 Adorna tambien mi alma, Virgen fortísima, con la virtud de la fortaleza, con que acometa esforzado la conquista de mí mismo y de mis rebeldes pasiones. Venza de la carne los halagos, del mundo los engaños, y del demonio las asechanzas. O divina Belona, pelea mil batallas, persigue á mis contrarios, hasta que se rindan á tu soberano poder. Sea tu sombra mi fuerte escudo contra los apetitos desordenados, que continuamente guerrear contra mí y me vencen muchas veces, por mi gran flaqueza y cobardía. Arname de todas armas, visteme de valor, adiestrame en tu milicia, hazme de los fuertes custodios de tu honor: y en tu nombre pondré la bandera de Jesus sobre las almenas de los muros de Babilonia, y emprenderé denodado todas las empresas de su mayor exaltacion.

13 Asimismo te suplico, Reina soberana, y Señora mía, que atayes mi alma con aquellas tres joyas preciosísimas, que son la gala del estado religioso, y son: pobreza, castidad y obediencia. Pidoos la pobreza, por aquella con que toleraste con alegre rostro las incomodidades de la vida, renunciando las opulencias del siglo. Pidoos la castidad, por tu Concepcion purísima y por el candor virgíneo, con que diste á luz al Verbo eterno hecho hombre. Pidoos la obediencia, por aquel humilde rendimiento y generosa resigna-

cion, con que asentiste á la voz de Dios espresada por un Angel su embajador.

14 Tambien te ruego con grande reverencia y afecto, ó Virgen virtuosísima, que me impetres de tu muy amado Hijo, una paciencia invencible, una templanza prudente y una justicia tatal: la templanza, para moderar los excesos de la carne y del espíritu; la paciencia, para sufrir con gozo los males, à infortunios de este destierro; la justicia, para dar á cada uno lo que le toca, á Dios lo que es de Dios, al hombre lo que es del hombre, atendiendo en primer lugar á este Señor, á quien todo lo que somos se debe de justicia.

§. III.

15 Y pues hay otras muchas virtudes dignas de las almas cristianas y religiosas, que se vieron resplandecer en tu vida perfectísima, como las grandes estrellas en el firmamento, ruegote intensamente, ó gran Madre de la gracia, que saques para mí del tesoro inagotable de la liberalidad de tu Hijo, la virtud de la largueza contra la avaricia. Su timbre es dar con proporcion y usar de los bienes de la tierra, como encomienda del Señor del cielo, para socorro y alivio de las humanas miserias y para el culto de la religion que profesamos.

16 Dadme tambien una singular confianza en la paternal providencia de Dios, quien dijo: "Venid cá mí todos los que trabajais y estais cargados, que

yo os aliviaré. Y en otra parte: Sereis llevados á mis pechos y halagados en mi seno. Y en otra: Si es posible, que se olvide la madre de su tierno infante y no tenga compasion de la prenda, que salió de sus entrañas: no es posible, que yo me olvido de vosotros."

17 Ruegote asimismo, Madre admirable, que me participes un rayo de tu misericordia, con que atiende á las ajenas cuitas; con que me compadezca de los males de mis prójimos; y me acuerde tiernamente de las penas del Salvador en su pasion santísima. Dame tambien aquella celestial prudencia, que sirve de luz en la via espiritual para evitar sus escollos; y en la vida racional, para gobernar con acierto sus acciones.

18 Acompañeme tambien la modestia y el silencio. La modestia para componer el hombre exterior, como retrato de una perfecta santidad, que viva en lo mas interior del alma. El silencio, para no hablar sin propósito, vivir en el retiro del espíritu cerrar las puertas á la vanidad y detraction, y tener á raya las demasias de la lengua, cuya malicia escoda al veneno mortífero. No me niegue esta excelente virtud, que es Madre de pensamientos sublimes.

19 Concédeme asimismo, Señora mia, la evangélica simplicidad, con que amorosamente se corresponden en sus movimientos los semblantes del áni-

mo y del cuerpo, la lengua y el corazon sin aquel difraz afectado y cabilosa doblez, que ha introducido en las almas impuras la humana malicia. Sea yo tambien agradecido á Dios, á tu piedad y á todos mis bienhechores. Mortifíque yo este cuerpo vil, esta carne rebéde, para que no ocasione la ruina de mi espíritu. Viva yo en paz y concordia con mis prójimos y hermanos, imitando la condicion del verdadero Salomon Pacifico, que dijo: *Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazon*, cuya mansedumbre me enseña á refrenar los ímpetus de la ira.

20 Alcanzadme tambien, Señora mia, verdadero y perenne dolor de mis pecados, que llore dia y noche con copiosas lágrimas, sin otro motivo que el haber ofendido á un Dios infinitamente bueno, y digno de todos los amores y alabanzas. Dadme tambien, Reina poderosísima, el don de la santa contemplacion y union con Dios, con la cual mi ánima se engolfe y anegue en el inmenso mar de su ser, sin apartarse un punto de objeto tan amable.

21 Coronadme últimamente, Madre mia, con el don de la perseverancia en el bien obrar hasta el último momento de mi vida, con que me haga digno de la gracia final, sin la cual no hay cielo, y el tiempo pasado es perdicion. Así lo espero de tu bondad y misericordia, Virgen clementísima, Madre amorosísima. Así lo espero de tu eficaz intercesion, Abogada mia, Patrona mia, Refugio mio, á cuya sombra me

acojo, con cuyas álas cubro mi indignidad y vive segura mi confianza.

Idiota Pius.

Contemplat. B. Virg. cap. 2.

O plusquam gloriosa Virgo Maria, tot habuisti pulchritudines quot virtutes: & singulas in altiori gradu, quam concessum fuerit, post Filium tuum super benedictum, purae creaturae

CAPÍTULO V.

De las figuras y símbolos con que la antigüedad insinúa la grandeza de Maria.

Dominus narrabit in Scripturis Populorum, & Principum, horum, qui fuerunt in ea. Psal. 86. y. 7.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei. Psal. 86. v. 3.

§. I.

1 **S**i todas las lenguas fueran de Querubines, y todas las voces de fuego seráfico, no pudieran articular, ó gran Señora, cosa digna de tu grandeza. ¿Pues qué podrá pronunciar mi lengua manchada con tantos delitos, que insinuar mis labios, sin purificarse con la brasa del altar? Está tu dignidad levantada sobre

los mas altos montes de la tierra; y tu gloria sobre la cumbre de los cielos. No hay en el mundo todo quien se halle digno de abrir el libro de tus prerrogativas y desatar sus sellos. Claman los siglos, y enmudecen con la admiracion de este misterio: solo el Autor de ellos hecho hombre de ti Madre Virgen pudo decífralo.

2 Confieso la impureza de mis labios, confieso mi indignidad. Mas ¿quién puede impedir, que el corazon eche centellas cuando ama, si el pedernal las echa golpeado? ¿Y el mio callará con tantos golpes de beneficios? ¿Y no prorrumpirá en voces de fuego de tus loores, cuando le dan materia para ellos las letras sagradas, y los oráculos de los profetas? ¿Cuanto tu misma bondad dulcemente compele á ofrecerte este suavísimo sacrificio sobre las aras de tu admirable dignacion?

3 O fuente de inefables suavidades, ó mar de dulzura, ó abismo de misericordias recibe propicia este mi sacrificio de alabanzas; obsequio tan debido á tu grandeza, que no puede omitirlo sin delito la obligacion natural de mi gratitud. Recibe benigna de mi pobreza estos afectos, pequeños en la ejecucion, grandes en el deseo

4 Te miró, Señora, desde su eternidad el Padre Omnipotente; puso en tí los ojos de su agrado; robóte tu beldad el corazon, y enamorado trasladó á tí riquezas tantas de su infinito tesoro, que solo él que las dió sin cuenta, ni medida, puede contar y

medir su infinitad. ¡O pródiga y divina mano, que te puso en tal estado de grandeza, que escudiese á toda pura criatura y solo Dios fuese mayor! No tienes semeiante en lo criado, no hay quien te iguale: solo el que te crió es superior. En tí está toda la gracia, toda la belleza, todo el primor, todo el donaire; todo lo rico, todo lo noble, todo lo sábio, todo lo poderoso, todo lo afable, todo lo sublime y en una palabra, todo lo que no es Dios.

3 O grandeza de MARIA ¿con que voces te dará á conocer nuestra rudeza? ¿Con qué colores se podrá pintar este retrato? ¿Qué cifras, qué enigmas, qué geroglíficos, qué sombras bastarán á significar á esta divina Aurora, Madre de aquel Sol divino, que fué engendrado de los resplandores de los santos ante todos los siglos?

6 Te veo Señora en el cielo, y en la idea divina desde la eternidad, como una señal grande cubierta del sol, coronada de estrellas y por peana á la luna. ¡O misterio! Todos los tiempos se regulan por estos astros y todos dieron señales é indicios de tu grandeza. Y así el espíritu divino, como pintor sagrado, cuidó de retratarte en sus libros con varios hermosos colores en diversas imágenes y símbolos, diseños solos á lo que eres, hasta que en los últimos siglos apareciste en tu mismo original tan agigantada y prodigiosa; que las mayores inteligencias angélicas y humanas enmudecieron con la admiracion, y solo

desplegaron los lábios para preguntar: *¿Quién es esta, que sube del desierto llena de gracia y afueate de delicias reclinada sobre su amado?*

§. II.

7 Al principio de la sagrada Historia se diseñó, ó Señora, el principio de tu inmaculado ser, tu infancia, tu niñez con la imperfecta imágen de un mar inmenso, sobre cuyas espaciosísimas llanuras andaba el Espíritu de Dios, quien á las congregaciones de las aguas llamó MARIA. Si en tan pequeña edad eras tan grande, que todo el mar es estrecha significacion de tu grandeza, ¿cuan grande serias Señora, cuando mayor? El Espíritu Santo ciñó las aguas con las arenas: mas las gracias que te dió, no las ciñó.

8 Isaías y San Juan te vieron en forma de trono escelso y levantado y asistido de Serafines, y entonces se llenó la tierra de gloria. Es empeño de Dios el levantarte. Tanta es tu alteza, que á ella nunca llegará pura criatura, ni á imaginarla. Solo Dios comprende á quien comprendió en su vientre á Dios. Los Serafines te contemplán rendidos y obsequiosos: son discípulos, que aprenden en tu escuela el amor á la divinidad. Esta tambien tiene su gloria en tí; y se gloria de haber hecho tan eminente criatura. La tierra se llenó de la gloria de Dios, cuando mereció tus favores y proteccion: y por eso está escrito: *Acu-*

damos con confianza al trono de la gracia, para que consigamos misericordia.

9 En el libro de los Cantares eres llamada lecho del pacifico Salomon, guardado de sesenta soldados valerosos de los mas fuertes de Israel. Naciste Señora, para reposo de Dios, á quien hicieron trabajar los pecados del mundo. ¿En quien habia de descansar Dios, sino en la que nunca tuvo pecado ni original? Contra la malicia de la serpiente se armaron las escuadras del cielo, capitaneadas de la gracia: y porque esta triunfó en tí, eres tambien nombrada carro de materia odorifera y de galante fama. Tu pureza y hermosura tiraron tanto á Dios que le costaron descos á su amor, segun está escrito: *Deseó el Rey tu belleza.*

10 A Moises mandó el Señor fabricar un candelero de oro con siete antorchas para el Tabernáculo; al cual mucho despues vió contemplando los misterios de la Iglesia Zacarias Profeta, con una lámpara flameante, que le servia de capitel. Tu eres, Señora, este místico candelero todo de oro puro de ascendrada caridad. La lámpara es JESUS, que preside á su Iglesia y la ilumina con siete dones soberanos, que le comunicó su espíritu, cuando bajó en lenguas de fuego sobre los apóstoles. Tu cooperas, como Maestra de verdades, á ilustrar á esta Iglesia y librarla de las tinieblas de los errores. Los siete ramos de oro, en que estaban colocadas las luces de este insigne candelero

ro son los siete grandes Espiritus primeros ministros del reino de tu Hijo, que asisten á su trono para los efectos de su clemencia. Sea yo singularmente favorecido con tantos y tan divinos influjos

11 Al mismo Moises fué mostrada aquella célebre zarza, que ardia sin quemarse ni consumirse, cuando dijo: *Íré y veré esta vision grande*, donde vió á Dios en medio de las llamas. A tí, Señora, figuraba esta misteriosa zarza, en quien el fuego de la concupiscencia nunca hizo impresion; ni el ser de Madre tiznó jamas el verdor flameante de tu virginal pureza. Esto es cosa tan grande y rara en la naturaleza, que con razon admiró á aquel gran legislador. Nada es imposible á Dios, que asistia en tí, que aunque es fuego, solo sirvió de dar lustre á tu virginidad.

12 Monte te nombró Habacuc, cuando dijo: *Vendrá el Santo del monte umbroso.* Y Daniel, monte, en quien plugó á Dios habitar. Todos los Angeles santos son valles en tu comparacion: tú eres el monte escelso y el Altísimo tu cumbre y tu corona. La sombra que haces es para los pecadores refugiados en ella, contra los ardientes rayos del sol de justicia.

13 Como escala te vió Jacob, cuyos extremos tocaban la tierra y el cielo, y en este estaba recostado el Criador; y los Angeles subian y bajaban por ella. Esto fué hacer por tu medio comunicable la tierra con el cielo antes inaccesible. Por tí, el que vivia en los cielos, bajó hasta los abismos. ¡O que poder pa-

ra juntar extremos tan distantes! ¿Qué fuera de los hombres sin esta escala, á quien los Angeles sirven de embajadores de nuestra salud?

§. III.

14 Símbolo de gran piedad fué el Arca de Noe, en que se salvó el género humano, ó MARIA: porque ninguno se salva sino por tí. La verde oliva, que llevó la paloma en su pico, en señal de haber cesado las aguas sobre la tierra, es geroglífico tuyo: porque si la oliva significa la paz, ¿quién sino tú la trajo á la tierra como Madre de ella? La impiedad hizo guerra al Altísimo con inundaciones de culpas: la justicia de Dios las vengó á diluvios de iras. Aplacado el cielo, vence á la malicia la misericordia por MARIA, asistida de la sombra del divino Espíritu, que es amor y nuncio de la paz; para que á su sombra vivan los mortales. O amor divino, sea yo por MARIA uno de tus alumnos.

15 Eres también Señora, segun el sábio, la nave del famoso mercader, que trajo el pan de lejos. Surcaste el mar de esta vida y nos trajiste el pan del cielo, con que alimentas, ó Madre piadosísima á tus hijos los cristianos. Eres la puerta oriental cerrada, de que habla Ezequiel; porque fuiste guardada para aquel insigne varon, cuyo nombre es Oriente: solo él entró por esta puerta, para abrimos las del cielo. Eres la nube leve, de quien está escrito: *Mirad, que el Se-*

ñor se sentará sobre una ligera nube y vendrá á Egipto, donde destruirá las obras de sus manos. Por tí se arruinó el reino de la idolatria y adoró el mundo á su único y verdadero Rey.

16 Últimamente eres la Reina, que asiste á la diestra de Dios cercada de variedad; eres la paloma candida y hermosa, blanco de sus cariños; eres la vara de Jesé, de donde nació la flor Cristo; eres el altar de oro; el tabernáculo, el arca del Testamento, el propiciatorio, la urna del maná, la piedra del desierto, la fuente sellada, huerto cerrado, Sion santa, espejo sin mancha, lirio entre espinas, Santa Santorum, torre de David, vara de Moises, bellocino de Gedcon, panel de Sanson, pozo de aguas vivas, estrella de la mañana, sol brillante, luna bella y escuadron bien ordenado. Todo lo eres, Señora, porque vive en tí el que lo es todo.

17 Todo lo, dicho es sombra; y sombra de las nobilísimas luces de tus inmensas prerogativas. Bien sé, que pasaron adelante tus devotos, comparándote á las famosas matronas, que celebraron los primeros siglos, por las singulares gracias y virtudes, con que las dotó el Autor de la naturaleza. ¿Mas qué haré yo con esto, sino carrear el dia con la noche y al sol en su cenit, con las estrellas que llaman nebulosas?

18 Si digo, que eres Eva la primera muger de la naturaleza y madre de los hombres; tu eres la primera muger del estado de la gracia y Madre de Dios.

Si digo, que eres Sara: la venciste en amor y fidelidad. Si Rebeca; eres mas escogida y mas hermosa. Si Lia; eres mas fecunda, sin lunar de fealdad. Si Raacel; la ganas en gracia y en donaire.

19 Si te comparo con Noëmi, que trajo á Ruth Moabita al culto del verdadero Dios; tú trajiste á la gentilidad á la fé del Crucificado, é hiciste colocar su Cruz sobre las coronas é imperios. Si con Ruth que halló gracia en los ojos de Booz, hombre riquísimo y poderoso, tú la hallaste con hombre Dios, de quien son todos los tesoros y poderes de cielo y tierra.

20 Si con Abigail bella y prudente, que apagó con su agrado la ira de David contra Nabal; tú convertiste en cordero al leon de Judá. Si con Abisat virgen graciosísima, en cuyo seno recibió calor la fria anciana edad del profeta rey; tú mas pura y agradada fomentaste en tu regazo en miembros infantiles al Antiguo de los dias. Si con Bersabé madre del mas sábio de los hombres; tú lo eres de Cristo sabiduría infinita. Si con Judith, vencedora de Holofernes; tú lo fuiste de Lucifer. Si con Esther, abogada de su pueblo y levantada al imperio de los Asirios; á tí te hizo el Altísimo Reina de los angeles y abogada de los hombres.

21 Tú, pues, Virgen bienaventurada, la mas favorecida de Dios, la mas llena de dones de la naturaleza y de la gracia; la mas humilde, la mas benigna, la mas piadosa; ruégote Señora, por tus grandes prerogati-

vas é indecibles virtudes y gracias, que no echés en olvido á este indignísimo pecador hijo tuyo; muéstrate ser Madre y Abogada mia; y ejercita continuamente este piadoso oficio, digno de tu bondad, delante de tu Hijo Jesucristo, para que en su tribunal alcance sentencia favorable, cuando salga de este mundo y merezca por tu medio gozar de tu compañía en el cielo.

S. Andreas Episcop. Hierosol.

Salut. ad Virg. Mariam.

*Salve contemplativae cognitionis intellectuali speculum,
per quod celebres spiritus Prophetæ incredibilem
Dei ad nos descensionem mysticè adumbraverunt.*

CAPÍTULO VI.

Maria guia y alumbrá al alma, que va caminando á la perfeccion-

*Lucerna pedibus meis verbum tuum: & lumen
semitis meis. Psalm. 118. v. 105.*

Tu illuminas lucernam meam. Psalm. 47.

v. 29.

§. I.

TRAEME en pos de tí, ó benditísima Virgen MARIA y correré al olor de tus suavísimos unguentos. Ninguno puede llegar al Padre celestial sin que el Hi-

jo le lleve; ni al Hijo sin que el Padre lo llame; ni al Espíritu Santo sin el favor de ambas personas: y ninguno entrará al retrete de esta augustísima Trinidad, (que entre nieblas de gloria habita luces inaccesibles) sin que le sirvas de guía y alumbres en la noche de este siglo. Tú eres la que llevas las almas al Padre: porque eres su Hija; al Hijo, porque eres su Madre; al Espíritu Santo, porque eres su Esposa.

2 O gran Señora, llévame á Dios, porque no puedo andar con la carga y peso de mis innumerables culpas. Llévame á Dios, tirado del fragante olor de tus virtudes, cuyo rastro seguirá mi alma, anegada en tan admirable suavidad. Tus ungüentos odoríferos, dijo un devoto tuyo, son la celestial sabiduría, la gracia espiritual y la gloria imarcesible. Porque con tus palabras y ejemplos enseñas la verdadera sabiduría, por ser Madre del Verbo de Dios; á los pecadores alcanzas gracia, por ser Abogada de los miserables; y á los que te honran prometes gloria, porque eres la tesorera de las gracias, que dimanen de la fuente de la divina liberalidad.

3 El que te amó ab eterno crió en tiempo una lumbrera grande, que presidiese al día y otra menor, que presidiese á la noche. Esto hizo Dios en el cielo con aplauso y admiración de las demas criaturas, que rendidas confiesan ser deudoras á estos insignes astros, por el beneficio continuo de sus influjos. Pero en la tierra se mostró su mano mas primorosa, unien-

do en tí estas dos lucientes hermosuras, para que presidieses á la noche de los pecadores, desterrando sus tinieblas; y al día de los justos, alumbrando é instruyendo sus espíritus. En cuya conformidad entiendo yo de tí lo que el profeta dijo: "Tu palabra es antorcha, para que mis piés no yerren; y luz á mis cendras, para que no me estravie de la virtud."

4 O Virgen Santísima, ejemplo de toda virtud, cada dia experimentamos, que tanto mas se envuelven los hombres en sus tinieblas é ignorancias, cuanto mas se alejan de tu luz; y entonces abren los ojos al desengaño, cuando se ven patrocinados de tu sombra, que siempre es clara y resplandeciente como la de aquella nube del Tabor, de quien se dijo: *Una nube lucida les hizo sombra*. Los apóstoles, como varones espirituales, recibieron luz de esta sombra para conocer los misterios de Cristo, de que antes estaban ignorantes y concieron, que el camino seguro para subir al monte de la bienaventuranza, era la Cruz: porque es engaño aspirar á la gloria del gozar, sin la gloria del padecer.

5 Tambien he considerado, que cuando te vió tu amado Juan (Apoc. cap. 4.) en forma de trono, en que estaba sentado el Maestro de la verdad, salian de este trono rayos, voces y truenos; y que asisten delante de él siete lámparas ardiertes, que son los siete Espíritus de Dios y un mar de vidrio, semejante al cristal. ¡Oh gran Maestro! ¡oh sólio en que vive de

ascentó la verdad! De tí salen rayos y truenos, que despiertan á los dormidos pecadores, para que no duerman el sueño de la eterna muerte. De tí salen voces y lámparas, (como las que vieron los israelitas cuando recibieron la ley en el monte Sinái, de quien está escrito: *(Veian voces y lámparas)* para alumbrar y enseñar al mundo, significado por el mar de vidrio, que está á tu sombra, sin la cual se anegára en sus mismas ondas.

§. II.

6 Con esto se me escita la memoria de los consejos que diste á una alma devota tuya, hablándole en esta sustancia: “Oye, alma, mi buen consejo è imita mi ejemplo, y vivirás siempre en las delicias de tu espíritu. Si perdiéres á Jesús, no desconfíes, ni te turves con nimiedad, no empereces el buscarlo, no ceses de la oracion, ni procures el alivio de tu opeña en los consuelos terrenos, sino busca el secreto, retirete al retrete de tu consideracion, llora tu error con constancia en la virtud y volverás á ver dentro de tu corazon bien hallado á Jesús, á quien perdiste por dejarte arrastrar del deleite, del interes y de la vanidad.

7 «No se halla Jesús en las plazas de la ciudad, ni en la junta de los que juegan, ni en la tierra de los que viven suavemente, sino en el retiro del corazon y en la congregacion de los virtuosos. Con ge-

rnidos se ha de buscar aquel, á quien perdió la libertad del ánimo y la disolucion. Con grande cautela se ha de guardar aquel, cuya ausencia ocasiona la atibieza y el amor de lo terreno. Con temor y reverencia se ha de implorar la piedad del que detesta á los ingratos y mira con fastidio á los perezosos.

8 «Busca, hija, con humildad al que echaste de tu pecho con altivez y soberbia. Alaba con accion de gracias al que está siempre aparejado á dar su gracia á quien se la pide como debe. Le has de amar con un amor ardentísimo: porque tiene misericordia de todos; porque da sus dones graciosamente y á ninguno falta si le busca de corazon. Aunque Jesús mi Hijo tarda alguna vez en despachar las peticiones de sus redimidos, nunca deja sin premio al que persevera en la oracion; y cuando mepos piensa le visita de nuevo, le ilustra con mas claridad, le informa con mas cautela, para que no presuma de si y confie en él con humilde rendimiento. Si atiendes bien á estos consejos, presto aplacarás á Jesús y le hallarás en tu pecho, te regocijarás con él y te hará participante de la paz de la celestial Jerusalem.”

9 O Reina y Señora mia, con cuánta razon te aclaman las Santas Escrituras con el nombre de luz y guia de los que viven en tinieblas, y suspiran por verse libres de los lazos del siglo y en los brazos de la virtud, cuya belleza es tanta, que aun en este destier-

ro hace su vista felices á los mortales. Tus palabras son como los rayos de un sol resplandeciente, que destieran la noche mas oscura y muestran el camino de subir á Dios con las álas del espíritu.

10 Tu divino Esposo te comparó á la Aurora, que se levanta en compañía de otros; á la Luna hermosa, al Sol escogido y á un escuadron bien ordenado. ¡Oh misterio! eres Aurora que se levanta con otros, porque en tu compañía se levantan las almas del polvo de la tierra, para subir hasta el perfecto día de la perfeccion evangélica. Eres hermosa Luna, para enseñarlas que deben lucir con su ejemplo á tu imitacion, delante de los hombres mundanos, como la luna en medio de las sombras de la noche. Eres Sol escogido, para mostrar que el camino de la virtud es propio de los escogidos de Dios, y que éstos lucen por tí como las estrellas por el sol. Y así está escrito: *lucirán los justos como estrellas en perpetuas eternidades.* Eres escuadron bien ordenado, por los que militan debajo de tu bandera, á cuya sombra es segura la victoria del mundo, de la carne y del demonio.

§ III.

11 O Prototipo de una eminente santidad. No solamente gobiernas á tus hijos los justos con las palabras, sino mucho mas con los ejemplos de tus virtudes, que son tantas, que pusieron en admiracion á los

Ángeles, cuando preguntaron: (Cant. 3.) *¿Quién es ésta que sube por el desierto, como la varilla de humo, compuesta de las aromas, de la mirra y del incienso, y de todas las especíes odoríficas? Y Ambrosio tu siervo, dijo: ¡Oh cuántas especíes de virtudes resplandecen en una Virgen!*

12 De tí misma dices: (Prov. 8) *Ando en los caminos de la justicia, en medio de la senda del juicio, para enriquecer á los que me anan y llenar sus tesoros.* Y en otra parte: (Eccles. 24.) *Yo soy la Madre del hermoso amor y del temor, del conocimiento y de la santa esperanza. En mí está la gracia de todo camino y verdad; y en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud. Pasad á mí todos los que me deseáis y llenaos de los frutos de mi bendicion: porque mi espíritu es mas dulce que la miel y mi herencia mas que la miel y el panal.*

13 ¡Oh Madre dulcísima, cuán grandes y opulentas son las riquezas de las virtudes que de tu fuente saca la nobilísima república de los justos! ¡Oh alma mía, qué rica estarás si buscas á Maria y en ella á Dios, que la tiene por Madre! ¡Qué abundante vivirás si te haces digna de su devocion y de su agrado! ¡Qué afortunada, si cursas en su escuela la sabiduria del cielo! Repara bien en la copiosa afluencia de dones que para tí guarda en el seno de su patrocinio y á la sombra de su amparo. Aprende de ella el conocimiento del Criador y tu propio conocimiento, el

amor de lo eterno, el temor filial, el aprecio de la gracia, el buen olor de todas las virtudes, que son los frutos de su verdadera devocion, la humildad, el silencio, la modestia, la honestidad, la paciencia, la caridad, el desprecio del mundo, el trato con Dios y otros dotes, con que MARIA adorna á las almas de sus devotos.

14 Ó ánima mia, cuán léjos vives de la devocion de MARIA, en quien vive JESUS gustosamente, por el adorno de sus virtudes. Amar á MARIA es vivir en Dios y por Dios, sin lo cual es inútil el vivir. Tanto mas cerca vivirás de MARIA y de JESUS, cuanto mas léjos vivieres de tí misma. Mira si vives léjos de tí y conocerás si estás cerca de JESUS y de MARIA. Si vives en tí y para tí, fuera estás de estos dos, que deben ser tus continuos amores. Si no vives en Dios y para Dios, fuera éstas de tí: porque locura es no vivir en quien y por quien necesariamente vives; y querer vivir fuera de aquel, sin el cual no puedes vivir.

15 ¡Oh gran locura mia, cuando arrebatas mi corazón otra cosa que este grande objeto! ¡Cuándo me miro y atiendo á sus intereses, siquiera como á los míos! ¡Cuándo no busco su mayor gloria, sino mi vanagloria! ¡Cuándo su presencia y alabanza es mi mayor descuido, y mas frecuente olvido! ¡Cuándo me rindo á la dificultad de conseguir la virtud sin fiar en Dios, á quien nada es imposible! ¡Cuándo

sigo el rumbo de mis pasiones nécias, desairándolo, por no seguir el querer divino! ¡Cuándo me gusta el mundo y sus pequeños gustos, sin hacer reflexion en los mayores del paraíso! ¡Cuando el pensar en lo eterno no me sirve de descanso de mis fatigas, sino de fatiga de mi descanso! ¡Oh loco entandimiento que discurre hallar á Dios sin buscarle! ¡Oh nécia voluntad que amas lo que no te puede hacer feliz! ¡Oh grosera memoria, empleada en rateras vanidades!

16 Ó Madre mia suavísima, ó fortaleza mia, ocupa ya del todo este corazón mio, vagamundo, loco, nécio, desatinado. Unélo á JESUS tu Hijo y aprisionálo con las cadenas de tu inefable caridad. No lo sueltes de la mano, porque temo que vuelva luego á sus delirios antiguos. Corazón mio, ¿qué quieres, qué apeteces, qué deseas? ¿Poder, honra, riqueza, gustos, hermosura, sabiduría, discrecion, paz, descanso y una vida sin azares? Busca á MARIA, que en sus brazos lo hallarás todo en JESUS. Sigue la virtud, que con pasos hermosos te conduce á esta felicidad. O Madre admirable, Madre amable, prenda de mi corazón, rompe ya mis grillos y la odiosa muralla de mi tibia conversion; y concédeme que vaya á JESUS en tí sin pasiones y con alas de verdadera devocion.

17 O única consoladora mia, envíame continuamente algunas luces y centellas para vivir advertido y fervoroso, para andar con cautela en el camino del espíritu, para conocer la voluntad de Dios y seguirla

con ánimo, valor y empeño. A los hijos de Israel les fué concedida, para su largo viage de Egipto á Jerusalén, una columna de nube para el día y otra de fuego y luz para la noche. ¿Quién duda que esta columna fué simbolo tuyo? Es así, que tú eres para los escogidos cristianos columna de fuego que los guías y alumbras por la noche de este siglo, y columna de nube que les haces sombra con tu proteccion por el día de la eternidad.

18 Al rededor del carro de la gloria de Dios habia una nube grande y un fuego resplandeciente, que comunicaba á los presentes su actividad é imprimía su especie, con el cual los santos animales, que llevaban el carro, aparecieron como carbones encendidos y como lámparas luminosas. O MARIA, quienes son en este mundo los que llevan el carro de la divina gloria, sino los profesores de la virtud: mas éstos sin tu sombra, sin tu fuego, sin tu luz, son como animales sin discurso, y con tu amparo, tu amor, tu direccion se transforman en Serafines, que son áscuas encendidas y antorchas ardientes.

19 O MARIA, MARIA, Madre mia, has en mí esta transformacion con tu eficaz virtud. Está esta alma sepultada en vida en el asqueroso y horrible sepulcro de mi cuerpo, todo tierra y con inclinaciones de animal bruto. Ténle lástima, Señora, y acaba ya de embiarme luz para el entendimiento, que vive en tinieblas, y fuego á la voluntad que está dura y helada como un

mármol; para que todo yo me convierta en un carbon encendido por el buen ejemplo, y en una lámpara ardiente y luminosa por el amor y enseñanza de mis prójimos, para que me haga digno de llevar en tu compañía, sobre mis hombros la gloria de Dios y de Jesús por todo el mundo. Amen.

Rampelgius
in Figur. Biblior.

Legimus quod in templo lucerna semper ardebat, & nunquam debebat extingui. Spiritualiter B. Virgo lucerna est, que non extinguitur, sed conservatur lumine divinæ graviæ prebendo omnibus viatoribus unde valeant viam salutis videre.

CAPÍTULO VII.

Consideracion de algunos pasos de la vida de Maria Santísima.

*Cum pulchri sunt gressus tui in calcamentis, filia Principis.—Cant. 7. v. 1.
Trahe me post te: curremus in odorem unguentorum tuorum.—Cant. 1. v. 3.*

§. I.

1 PARA entrar en este mar de misterios de los agradados pasos de tu vida santísima, O MARIA, es me-